

Una carta al Director

«Entre pares de personas normales que no se soportan es más fácil llevarse bien, estando separados, que conviviendo. Así que hale»

DIVORCIADOS: TOLERANCIA A DOS

— José María Rodero —

Dicen que lo primero que uno escribe siempre es autobiográfico. No estoy de acuerdo. Yo creo que, en mayor o menor medida, todo lo que se escribe es autobiográfico, con la excepción, quizá, de los tratados de herpetología, que los autores elaboran con el único objeto de meterse en la vida de otros, en este caso las lagartijas.

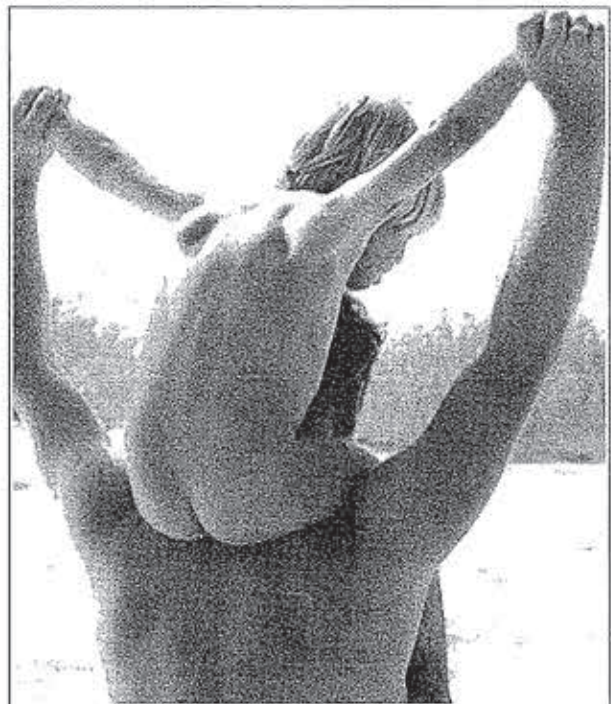
Por eso estoy encantado cuando se me presenta la ocasión de escribir algo en lo que tengo de antemano una excusa estupenda para hablar de mi tema favorito: mi persona.

Muchos son y muy variados los temas que podría abordar con finura sobre tan apasionante objeto; pero hoy me veo en la tesitura de exponer algunos de mis pensamientos sobre dos aspectos de la vida a cuyos sustantivos la lexicología urbana experimental cataloga como antónimos: divorcio y tolerancia.

No es, en realidad, que estos vocablos representen conceptos opuestos, no. Pero sí que la práctica aconseja considerarlos como tales, gloriosas excepciones aparte. Y, entre esas excepciones, lógicamente —si no fuera así, no escribiría sobre ello—, me encuentro yo y, subsidiariamente, mi ex-pareja o ex-cónyuge o, como se suele abreviar, mi ex.

Quien me vea caminando por la calle o conduciendo mi lujoso utilitario no me reconocerá, probablemente, como tal, ya que, aunque mi edad es sospechosa (46 primaveras), no visto juvenilmente, mi coche tiene cuatro puertas y no es rojo, no levanto la ceja cuando pasa a mi lado una hembra de bandera, no uso expresiones como la antedicha, no frecuento lugares de alterne bailón y no emito otras muchas señales de socorro propias de mi sexo y condición.

Sin embargo, cuando mi hijo y yo vamos al cine o a la compra, o comemos en un restaurante los dos solos, me basta una mirada en derredor para reconocer en las mesas más recoletas a otros colegas con sus vástagos, con los que a duras penas mantienen una mediana conversación hasta el final de la comida. Iba a decir que también he visto a padres separados cuando voy de vacaciones de camping con mi hijo, pero me he acordado que nunca he visto ninguno. Otro día, si mi



editor aún me dirige la palabra, hablaremos de las relaciones entre padres separados e hijos repartidos.

MI VIDA MATRIMONIAL ALTERNÓ constantemente entre el «esto es la vida» y el «esto se acabó» (Ya sé —porque me lo han dicho mi editor, mi madre, un amigo y una conocida, que esta es exactamente la situación del noventa por ciento de los mortales. Pero es que yo, entre mis pocas cualidades, cuento con la de reconocermelo como uno de los seres más mediocres de esta ala del universo).

Bien es verdad que a esta realidad fuimos llegando a través de un largo recorrido que partió del máximo del beneplácito hasta llegar al inaguante casi total.

Pero también es cierto que habíamos pasado mejores tiempos, que otrora había habido algo entre nosotros, y muy hermoso. Y los recuerdos que permanecen durante más tiempo, al menos entre personas normalmente traumatizadas, son los agradables. Por tanto, al separarnos dejamos de inaguantarnos.

Además, y sobre todo, tenemos a medias algo que a los dos nos enamora y de lo que estamos muy orgullosos: un hijo fantástico. Debo aceptar que ella puso algo de su parte en la concepción y subsecuente gestación (se podría decir, en términos yúpicos, que hizo una buena gestión) y que ahora, aunque yo me percibo como el que pone la mayor parte de lo bueno, reconozco que ella colabora aceptablemente; eso sí, en la creencia de que soy yo quien no está mal pero que podría mejorar. No sé de dónde saca estas ideas.

LA RELACION LA MAR DE AGRADECIBLE

Yo, la verdad, pongo mi mejor intención en que todo vaya bien, incluso más que cuando vivíamos juntos, puesto que ya no me siento permanentemente agredido. Ella tampoco tiene ahora mucho que exigirme ni por lo que sentirse defraudada.

Y así, a poquitos, mantenemos una ex-relación la mar de agradable. Ciertamente, son pocos los asuntos en los que nos vemos implicados together, como decimos los angloparlantes y yo. Apenas el asunto de la pensión del vástago, el de la educación del mismo y cómo está tu familia (debo aclarar aquí que mi exfamilia política es adorable, sobre todo mi suegra, y eso también ayuda). Pero en estos asuntos que aún compartimos no hay ni pizca de malicia ni incumplimiento por ninguna de las partes actoras: yo paso mi pensión todos los meses y recojo a mi hijo siempre que me toca, a menos que no pueda, y en estos casos he recibido siempre la mayor facilidad para cambiar el día por otro. Incluso si, por circunstancias especiales o porque sí, quiero tenerlo más tiempo, siempre puedo hacerlo. En cuanto a su educación, escogimos juntos el colegio porque siempre habíamos estado de acuerdo en lo que queríamos para él; sería absurdo que ahora uno de los dos cambiara de filosofía.

LA RELACION LA MAR DE LLEVARSE BIEN

No tiene sentido, pues, que nos odiamos. Pues entonces, ¿para qué esforzarnos en hacerlo? Quitaa, quita como digo yo. Es mucho más cómo de llevarse bien. Y además, es más rentable, cardiacamente hablando.

Quizá alguien esté pensando que si todos somos tan maravillosos, entonces por qué nos separamos.

Sencillo: porque además de maravillosos, somos inaguantables.... juntos. La compatibilidad es una característica que, de darse, es común a los dos miembros de la pareja, pero nunca se da en cada uno de ellos por separado. Y cuando la convivencia aprieta, es fácil que la compatibilidad afloje y que la vida diaria —que es la madre de todas las vidas— se convierta en un ir y venir de pequeñas rencillas y, en definitiva, en una frustración permanente.

El hecho de fracasar en un terreno, en uno de entre los mil aspectos que conforman cada personalidad, no convierte en un monstruo a alguien que hasta ese momento había sido lo

suficientemente adorable como para habernos planteado el pasar toda la vida con él/ella. Y aunque sí haya terminado siendo un monstruo, hay que concederle el beneficio de la duda y admitir que es posible que en algún momento también podamos haberle fallado en alguna medida. Lo cual no justificaría el seguir viviendo con él/ella. Pero sí el firmar un armisticio que nos permita a todos sobrevivir a la separación y a esa última época de la vida en común que puede haber sido tan desagradable. Y así debe considerarse desde los dos miembros de la pareja. No hay que dejar que el odio, el despecho, el dolor, el amor propio —sobre todo esto último— nos conviertan en seres depravados que sólo piensan en perjudicar a alguien a quien antes habían amado o a quien, en ocasiones y quizá de otro modo, siguen amando todavía aunque no lo confiesen. Y mucho menos podemos permitir que dichos sentimientos nos cieguen hasta el punto de intentar hacerle daño a través de los hijos, bajo la estúpida creencia de que los niños no se enteran de nada.

LOS HIJOS SE ENTERAN DE TODO

Los hijos se enteran de todo, lo cual no sería grave si se dieran dos condiciones, a saber: que lo entendieran bien, y que fueran capaces de digerirlo. Pero estas condiciones no se dan en los hijos nunca, sean cuales sean su edad y su nivel de madurez.

En primer lugar, porque no conocen a fondo los hechos ni distintas versiones o razones; en segundo lugar, porque también ellos tienen su opinión y sus sentimientos con respecto a cada progenitor; y en tercer lugar, porque los hijos no sufren por la separación de sus padres, sino por el desamor entre los dos seres a quienes más quieren en el mundo; por tanto, ni siquiera podemos dejarles translucir el desamor o la frialdad entre nosotros. Cuanto menos el odio, porque no están preparados para entender —ni siquiera aceptar— ese odio.

Así que no hagamos el canelo. La vida es lo suficientemente difícil para que encima nos permitamos proponerle tonterías. Por el contrario, si ponemos lo necesario de nuestra parte, es lo suficientemente fácil como para resultar agradable.

LO PEOR, HACERLO MAL

Soportar 15 minutos a alguien de vez en cuando es bastante sencillo, y de hecho lo hacemos constantemente en diferentes situaciones de nuestra vida cotidiana. ¿Cómo no vamos a ser capaces de hacerlo con ese alguien que alguna vez fue tan especial? Y si ocurre que no, que, justamente porque fue tan especial, su presencia ahora nos resulta realmente insoportable, entonces lo mejor es cortar definitivamente la relación, o, al menos, reducirla a los recados estrictamente imprescindibles y, si es posible, a través de otras personas o del contestador o por escrito; pero sin agresividad, sin intención de fastidiar con cada frase. Como casi todo en la vida, lo mejor en esto es hacerlo bien; después, hacerlo poco; y lo peor, hacerlo mal.

Conclusión: entre pares de personas normales que no se soportan es más fácil llevarse bien estando separado que conviviendo. Así que hale.

NB.- La Revista PM tiene abierto a sus colaboradores la expresión escrita de sus ideas y experiencias. Breves: 30 líneas, cuerpo 12. Artículos, máximo: 240 líneas, cuerpo 12.